

ficiente á sí misma y ser liberal con los demás, rebotando en tantas perfecciones y bienes, que los derrama continuamente en las criaturas. Por lo cual dijo Platón «que así como un vaso lleno de vino se derrama, así la bondad de Dios, que está en sí llenísima, rebosa y redonda en los hombres y otras criaturas». Mejor se significó esto al Profeta Daniel ¹, cuando vió á la Majestad divina en un Trono de fuego tan encendido, que de allí rebotaba un río impetuoso, todo de fuego: porque con razón era el Trono de fuego, por ser este elemento el más perfecto de todos, más sublime, más comunicativo, más amigo de salir de sí y extenderse, más eficaz y activo. Y así se significa por él la naturaleza divina, que es la más perfecta, sublime, liberal, y que derrama en otras grandes bienes, dones y perfecciones, con tan continuos favores, como son las aguas que corren en un río. Esto es lo que en cuarto lugar nota San Dionisio ², el cual dice que Dios, «por ser sobreperfecto (así habla, inventando palabras nuevas para explicar lo que aún no se concibe), rebosa su divina bondad con incesable, y una misma, y sobrellena, y nunca disminuíble largueza, por la cual perfecciona todas las cosas perfectas, y llena á cada cosa con su perfección conveniente». ¿Cómo no será suficiente para sí quien sobra para infinitos mundos? «Así como el sol (dice Lactancio) ³ que nace cada día, aunque sea uno, con todo eso, porque es verdadera luz, y de perfecta plenitud, con gran calor y resplandor clarísimo alumbraba todas las cosas», así Dios, siendo uno solamente, ilustra, sustenta, fomenta y llena todas las criaturas con su debida perfección, dándosela Él á todas, sin recibirla Él de nadie; estando tan lleno de bienes, que le sobra para todo. Gran excelencia de Dios no faltarle nada, ni haber menes-

¹ Daniel, 7. ² Dion., cap. 13. *De Divin. nomin.* ³ Lactant., lib. 2, cap. 10.

ter á nadie, y haberle menester todos á Él. ¿Adónde vais, potencias mías; adónde, afectos de mi corazón, sino á este mar de bienes que os llenen, á este Dios tan lleno que os satisfaga, á este ser tan sobrado que cumpla todas vuestras faltas? ¡Oh Señor perfectísimo! ¡Oh Padre Santísimo! ¡Oh ser perfecto y sobreperfecto, y sobradísimo, y redundante en perfecciones! ¿Qué es esto que oigo de la boca de mi Redentor, que sea perfecto como mi Padre Celestial? ¿Cómo tan gran dechado de perfección se propone á tan imperfecta criatura? Concédeme que te imite con tu gracia en la perfección que puedo; que no me contente con ser perfecto en la guarda de tus mandamientos, sino que sobre esa perfección siga tus consejos, que no me contente con las obras de obligación, sino que añada muchas de supererogación. Concédeme que ni reciba aumento ni disminución con las cosas del mundo, que no me levante con la prosperidad, ni me encoja con la adversidad; que no me dilate con la alegría vana, ni me estreche con tristeza inútil; que sea uno mismo para servirte, y que no quiera crecer sino en tu gracia, ni tema menoscabo sino el de tu servicio. Concédeme que, despreciando todas las cosas del mundo, me sobren todas, y me bastes tú solamente. Concédeme tanta gracia, que reparta á otros cuantos bienes tuviere de la tierra, y desee en todo los bienes del cielo.

CAPÍTULO XI

La condición de la hermosura, de tener convenientes términos y competente grandeza, está en Dios con eminencia por su inmensidad, de la cual se trata.

I

Señaló Aristóteles ¹ también por condición de la hermosura que tuviese competente cantidad y extremos con-

¹ Arist., 13, *Metaph.*

venientes. Por lo cual dijeron algunos filósofos que un cuerpo pequeño, aunque tuviese la proporción debida de sus partes, y toda la integridad dellas necesaria para que tuviese en su género perfección cabal, no sería con todo eso hermoso; y de cualquiera manera no hay duda, sino que añade alguna particular gracia cuando lo hermoso tiene su debida cantidad y espacio; y así dijo Proclo ¹: «La hermosura naturalmente se sigue á lo medido con proporción, y la fealdad á lo desproporcionadamente desmedido». Ahora veremos cómo siendo Dios puro espíritu, no le falta esta conveniencia de grandeza, sino que la tiene muy proporcionada á sí con eminencia y perfección; porque tiene los términos convenientes á su Hermosura, por razón de su inmensidad. Porque ¿qué términos más convenientes á una hermosura sin término ni tasa, que carecer de términos? ¿Qué cosa más ajustada á una belleza y perfección infinita, que la inmensidad, por la cual está en todas partes, llenándolo todo? Y así alaba mucho Alcuino la respuesta de un cristiano que, preguntado de un filósofo dónde estaba Dios, respondió ²: «Para declararte esto, dime tú primero dónde no está, porque toda la Divinidad (añade este doctor) está toda en todo lugar, y no se contiene en algún lugar». Deste atributo trataremos ahora, porque es uno de los que más declaran la majestad y grandeza de la naturaleza divina. Porque si al que llega la primera vez á la mar le admira ver tantas aguas explayadas por tanto espacio que vencen la vista y los ojos no hallan término ni fin, no viendo sino aguas y más aguas por todos lados, ¿qué será un Dios inmenso, donde la vista del entendimiento no puede hallar fin ni término? Si pusiesen á uno junto al sol para que viese su grandeza, y como es en sí ciento sesenta veces más que toda la mar y tierra juntos,

1 Procl., in Alcib.

2 Lib. 2 De Trinit., c. 7.

quedaría atónito de ver (si lo pudiese llevar la vista) tanta grandeza de luz. ¿Pues qué si el sol fuese tan grande, que de alto y profundo, de ancho y largo, ocupase cuanto cabe desde una parte á otra del firmamento? No digo los ojos pudieran sufrir este mundo de claridad, mas aun el pensamiento se deslumbraría con ella: pero no es sino tinieblas respecto de la inmensa luz de Dios, que no sólo ocupa invisiblemente todo este mundo, pero sale fuera dél por inmensos espacios, más infinitamente que puede concebir nuestro pensamiento, como prueban gravísimos teólogos ³; porque aunque fuera del mundo no hay lugar ni cosa alguna criada, sino puramente nada, Dios no há menester lugar para estar, como ni tiempo para durar; y así como duró antes del mundo, así también está fuera del mundo; porque él se basta á sí mismo por lugar, y en sí mismo está extendido fuera del mundo, más que cuantos espacios puede la imaginación formar.

Esto da á entender varias veces la Sagrada Escritura. En Job se dice ⁴, que Dios es mas alto que los cielos, más profundo que el infierno, más larga que la tierra su medida, y más ancha que el mar. En otra parte se dice ⁵: «¿Por ventura no piensas cómo está más levantado que el cielo, y que se empina sobre la coronilla de las estrellas?» Por lo mismo dijo Salomón ⁶ que los cielos de los cielos no podían abarcar á Dios. Esto parece se dió á entender al profeta Isaías ⁷ cuando vió al Señor sentado en un trono altísimo, que estaba fuera del templo, porque el templo era símbolo del mundo, según notan muchos intérpretes. Vió también el Profeta que las orlas que sobran del vestido de Dios bastaban para llenar al templo, y así le llenaban. En esta misteriosa visión se da bastantemente á entender cómo so-

1 V. Lessium. De Perfect. divinis 1, 2, c. 2, qui pulchre hoc probat. 2 Job, 11 3 Job, 22. 4 3 Reg., 8. 5 Isaías, 6.

bra Dios para llenar al mundo, y que su majestad y gloria no necesita de las criaturas ni desta grande máquina del universo; porque fuera del mundo, y antes que el mundo se hiciera, y aunque se deshiciera todo, está, estuvo y estará tan glorioso, tan poderoso, tan inmenso como es; porque no sólo llena este extendidísimo universo, y llenara otros millones de mundos que hubiera, sino que sobrara para llenar otros infinitos mundos. Por lo cual dice San Dionisio, tratando de la grandeza divina ¹: «Que se sobrederrama exteriormente á toda grandeza, y se explaya aún más adelante, comprendiendo todo lugar, excediendo á todo número y traspasando á toda infinidad».

II

¡Oh grandeza de Dios, que no cabe en un mundo de mundos, y sobra para infinidad de universos! Porque así como si se pusiese una bola de clarísimo cristal al resplandor del sol, no sólo se llenara la bola de luz, sino que por todas partes la rodearía luz y claridad, á este modo, no sólo está este mundo lleno de Dios, que es luz inaccesible, sino que inmensamente está todo rodeado de Dios, por millones de espacios que puede el pensamiento imaginar. Y así si alguno quiere hacer algún concepto desto, piense que es Dios como un piélagos inmenso de luz candidísima y apacibilísima, que se extiende por millones de millones de leguas, por cuantos espacios es posible concebir en muchos años y siglos; y que por todo ese infinito abismo se extiende más y más sin término ni fin, y que en medio della está este mundo, sin parecer más que un atomito en el sol. Y no es esto encarecimiento, porque si el cuerpo del sol fuera mil veces mayor que todo este universo, y á ese pa-

¹ Dionys., c. 9 *De Divin. nomin.*

so tuviera multiplicada la intensión de su luz, menos fuera, en medio de la inmensa claridad de Dios, que un indivisible de carbón. ¡Oh prodigio de luz, oh portento de hermosura, que siendo infinita eres tan inmensa! ¡Oh gran piélagos de esencia, y perfección, y amabilidad! ¿Cómo, no pudiendo caber en mi corazón, estrecharé yo mi amor á las criaturas? Ensanchad, Señor, la capacidad de mi alma para que os pueda admirar. Extendad la pequeñez de mi voluntad para que os pueda amar. Elevad, Señor, la corteza de mi entendimiento para que os pueda conocer. Esforzad todas mis potencias para que las ocupe en Vos solamente. ¡Oh Luz infinita, que te extiendes fuera del mundo, y bajaste á la tierra á encarnar por mí en un estrecho retiro de una pobre doncella! ¡Oh tremendo misterio y fineza inopinable de Dios, que siendo inmenso quiso venir á vivir entre nosotros y ser como nosotros! Pasmaos, cielos, desta bondad: ¿cómo no están atónitos los hombres deste prodigio de caridad? ¡Oh corazón mío! ¿cómo no te haces pedazos por agradecer tan estupendo beneficio? Fuera increíble bondad de un Rey que por librar de la muerte unos cautivos entrase en un obscuro calabozo y se vistiese como ellos siquiera por una hora. ¡Oh inmensa benignidad de Dios, que no sólo nuestro vestido, sino nuestra naturaleza, se vistió, por librarnos del cautiverio del demonio, y siendo inmensa luz, y esencia, y vida, se estrechó á ser hombre para morir por nosotros! Aquel Señor, de quien dice Alcuino ¹ «que es Dios, sobre el cual no hay nada, fuera del cual no está nada, sin el cual es nada», vino á anonadarse por nosotros. «Mira, miserable hombre (dice San Anselmo) ², qué hizo tu Criador, qué hizo tu Señor, cuyo Sér siempre es y siempre fué Sér incommutable, in-

¹ In invocat. SS. Trinit. ² San Anselmo, in medit. erga dulced. divin. majest.

estimable, incomprensible, y con un modo inefable no deja su Sér; pero por ti se anonadó cuando por ti se quiso hacer criatura, para que á ti, que viniste del no sér al sér, te reconciliase con el que no vino del no sér al sér, sino que siempre tuvo sér, y reconciliado á su antigua dignidad, te redujese á su sér. Así, dichoso y alegre siempre en su eterna gloria, te gozarás eternamente con Él». Considerando también Isaías la grandeza de Dios, atónito della dice ¹: «Mira cómo las gentes son reputadas como una gotica que se trazuma de una herrada de agua, y como un minuto del peso. Mira que las islas son como un pequeño polvito, y el monte Líbano, con toda su leña é incienso, no basta para quemarle, ni sus animales para ofrecerle en holocausto. Todas las naciones, como si no fuesen, son delante dél, y son reputadas como nada y como un vacío». Estremécete delante de tan grande Dios, y pásmate que un Dios tan grande, que en su presencia todo el mundo es nada, él se vino á anonadar por tan pequeña cosa del mundo como eres tú.

III

Esta inmensidad de la Divinidad es tan ajustada á su incomprensible naturaleza, que no sólo se extiende Dios por ella á todo espacio cuanto se puede pensar, sino que en cada punto que hay, ó es imaginable, está toda la Divinidad. Por lo cual dijo San Cipriano ² que «siendo Dios uno, está todo donde quiera extendido». ¡Rara maravilla, que está todo en cada parte y punto del universo, y todo en todo el mundo y fuera déll! Sí se diera que el sol fuera inmenso, no pudiera estar todo en cada parte de espacio, sino solamente todo en todo un espacio inmenso. No es Dios así, que carece de toda carga y embarazo de cuerpo, y es

1 Isaf., 40.

2 Ciprianus, lib. quod idola dii non sint.

un espíritu purísimo y simplicísimo, pero infinito; y así, la medida conveniente á su naturaleza es que por su simplicidad pueda estar y esté con todas sus perfecciones en un punto indivisible, y por su infinidad, que se extienda también á un espacio infinito. De manera que, fuera de estar derramado todo por el universo, está todo recogido en cada punto del mundo. De suerte que está en cada átomo del aire, y cada arenita de la tierra, y cada gota de agua, y en todos los puntos destes cuerpos tan menudos, con toda su esencia, omnipotencia, sabiduría, eternidad, bondad, bienaventuranza, majestad y hermosura. Tiénese por vista muy hermosa la de un género de espejos que están hechos con tal artificio y eminencia, que representan un mismo rostro en muchas partes. ¿Y cuán hermoso espectáculo fuera una gran plaza, empedrada toda de carbuncos lucidísimos, ó si viésemos el sol multiplicado por todo el campo del cielo, de suerte que todo este techo extendidísimo del mundo estuviese engastado de soles? Alcese aquí el pensamiento sobre todo lo criado, y considere la Luz, la Majestad, la Hermosura del Criador, extendida por este mundo, y fuera dél, por un espacio infinito, y juntamente que está todo en cada punto deste inmenso campo. ¡Oh hermosísimo Dios! ¡Oh belleza del mundo, y cuán hermoso modo tienes de estar, porque no estuvieses menos perfectamente que eres! Infinito eres, y así estás inmensamente; simplicísimo eres, y así estás indivisiblemente. Eres uno, y todo, y así estás en cada parte, y en todo, estando todo en todo, y todo en cada parte. No hay duda sino que este modo de estar Dios en todas las cosas causará á quien se le descubriere un gozo de su divina Hermosura, superior á todos los gozos y gustos del sentido, y otros muy admirables efectos. Por lo cual exhorta el Apóstol ¹ á la consideración de la inmensidad

1 Ephes., 3.

divina, cuando, escribiendo á los de Éfeso, desea que tengan con todos los Santos y varones perfectos alguna comprensión y vivo concepto de lo que es su ancho, su largo, su altura y su profundidad, como explica San Ambrosio.

Otra gloria grande de la inmensidad de Dios es que no ha menester espacio para estar, y así está aun donde no hay espacio corporal verdadero, antes ella es espacio y lugar de todas las cosas. Por lo cual dijo Arnobio, hablando con Dios ¹: «¡Oh grandísimo y sumo Criador de todo lo invisible y visible! tú eres la primera causa, el lugar, el espacio y el fundamento de cuantas cosas hay». Con igual elegancia dijo San Paulino ² que era Dios «patria común de todas las cosas». Aún más significativamente San Dionisio llama á Dios ³, «asiento y fondo en que se afirman y reclinan todas las cosas». Y en otra parte dice ⁴ «que es custodia y domicilio que conserva y contiene todas las cosas». Por lo cual dijo San Pablo que «en Dios vivimos, y nos movemos, y somos» ⁵. Porque en Dios estamos como en verdadero fundamento de nuestro sér, porque Él nos sustenta con su omnipotencia y contiene con su inmensidad; y así nos debemos considerar á la manera que una pequeña esponja está en medio de las aguas del Océano toda empapada en agua, aguas por de dentro, y aguas por de

1 Lib. 1, advers gentes. 2 San Paulin., ep. 36. 3 San Dionys. Areop., cap. 10. *De Divin. nomin.* 4 Ibid., c. 1. 5 Esta idea ú opinión que apunta varias veces en este capítulo el P. Nieremberg acerca de la inmensidad divina, aunque sostenida en su tiempo por Lessio y más adelante por Fenelon, no es admitida por la generalidad de los teólogos; los cuales enseñan, primero: que Dios no es el lugar de las cosas, sino que éstas se son su espacio y su lugar; segundo, que la divina inmensidad no se extiende positiva y actualmente más allá del espacio, por necesidad limitado, del Universo, y tercero, que los textos de los Santos Padres, y en especial el de San Pablo, que cita el P. Nieremberg, no indican más que la presencia, acción y concurso de Dios en todas las criaturas.—(Nota del editor).

fuera, rodeada toda de la inmensidad del piélago; si bien esta comparación es corta; porque lo que está dentro de la esponja, no es todo el mar Océano, sino una pequeña partecita de sus aguas; mas en nosotros todo Dios está, y toda la infinidad de su incomprensible Sér; y esto no como quiera, sino más íntimo y presente á nosotros que cada uno lo está á sí mismo. Porque todo Dios está presente á cada uno de mis miembros y artejos de mi cuerpo: pero no todo yo estoy presente á cada una de mis partes, porque mi cabeza no está presente á mi mano, ni mi mano á mi pie, ni algunas destas partes á todo el cuerpo. ¡Oh gran gozo, que todo Dios esté en mí todo, y todo en cada sentido mío, todo en cada miembro, todo en mis huesos, todo en mi sangre, todo dentro de mí, y todo fuera de mí, todo me penetra, todo me rodea! En el piélago de su inmensidad estoy más metido que un pez en el agua. Por lo cual dice San Gregorio ¹ que «Dios está dentro de todas las cosas, y fuera de todas ellas; Él mismo está sobre todas las cosas, y debajo de todas ellas, superior por la potencia, inferior por el apoyo, exterior por la grandeza, interior por la sutileza. Arriba rigiendo, abajo sustentando, fuera rodeando, dentro penetrando. Y no es por una parte superior y por otra inferior; ó por una parte exterior y por otra interior, sino uno, el mismo, todo está donde quiera con su presidencia sustentando, y con su sustentación presidiendo, con su rodeo penetrando, y con su penetración rodeando». Esto es de San Gregorio; en que da á entender el modo maravilloso con que estamos nadando en medio de la inmensidad divina, y como engolfados en Dios, el cual, con estar tan íntimo á las cosas que las está sustentando y teniendo en brazos con su Omnipotencia, no puede padecer dellas ningún detrimento ni mudanza: porque aunque esté en un mismo lugar con ellas

1 Greg., lib. 2, Mor., cap. 12.

por la perfección de su inmensidad, por otra parte, por la alteza de su infinidad, está exento de sus calidades, y en el lugar más bajo, y vil, y disonante, está con toda su bienaventuranza, gloria, majestad, omnipotencia y hermosura. De suerte que aunque está dentro de las criaturas, no está apretado; y aunque está fuera de todas, no está desechado; y aunque está sobre todas, no está levantado; y aunque está debajo, no está abatido ni cargado; y aunque está llenando todo, no embaraza nada. Estamos llenos de Dios, y no nos ocupa, ni pesa, ni estorba, sino que con toda su majestad y grandeza está como si no estuviese; y siendo lugar de todo, está sin lugar, en todo lugar, igual, y uno mismo. Y así dice San Pedro Damiano ¹, que Dios es «lugar sin lugar, que de tal manera contiene los lugares, que no se mueve Él por lugar, y como llene á todos, no ocupa parte del lugar con las suyas, sino donde quiere está todo, ni por lo más ancho está más extendido, ni por lo más angosto más apretado, ni en lo sublime más alto, ni en lo bajo más humilde, ni en lo grande mayor, ni en lo pequeño menor, sino uno, y el mismo simplicísimo, y donde quiere igual». Este es grande privilegio de la Divinidad, que no falte á nada sin estorbar á nada. Este es gran bien nuestro, que esté en nosotros tan inmenso. Sér para ayudarnos, no para estorbarnos.

IV

¡Oh dicha nuestra, que tan íntimo esté en nosotros tanto bien, y que no sólo estemos cerca de tan amable Herмосura, ni sólo abrazados con ella, sino penetrados! ¿Qué tenemos que salir de nosotros á tomar consuelo en las criaturas, pues dentro de nuestro corazón y nuestra alma está el Criador? Cese toda curiosidad, cese toda ambición;

¹ B. Petr. Dam., tom. 3, opusc. 36, *De Omnipot. divina*.

en nosotros está la hermosura del mundo, las mayores riquezas y los mayores bienes, ó, por decir mejor, todos los bienes. ¡Oh qué gran consuelo es que esté tan cerca de nosotros quien es todopoderoso para remediar nuestras miserias, tan misericordioso para perdonar nuestras culpas, tan liberal para comunicarnos sus bienes, tan hermoso para deleitarnos con su suavidad! ¿Qué podemos temer, pues está, no sólo al lado, sino en nosotros mismos nuestro ayudador? ¿Quién nos puede hacer mal, si no es que Él lo permita? Y si lo permite, ¿qué mal nos puede venir por su mano, siendo tan buena, que no permitiera males si no supiera sacar dellos grandes bienes? El pecado sólo hemos de temer, porque no podremos huir de su justicia. ¿Quién no se hallará atajado como David, que dice al Señor ¹: «Adónde iré apartándome de tu espíritu, ó adónde huiré de tu rostro? Si subiere al cielo, allí estás. Si bajare al infierno, también estás presente. Si tomare alas y volare desde la mañana y habitare en los fines del mar, allí también me llegará tu mano y me tendrá tu diestra». Ni en lo alto, ni en lo bajo, ni á un lado ni á otro, hay por donde huir de Dios; porque, según se dice en el libro de Job ²: «Más levantado es que el cielo, ¿qué harás? más profundo que el infierno. En su medida es más largo que la tierra y más ancho que el mar». Temblemos de ofender á Aquel que, estando en todas partes, nos puede castigar, donde quiera que vamos, y siempre es testigo de nuestras obras, donde quiera que estemos: ni en lo alto, ni en lo bajo, ni en lo largo ni en lo ancho, hay donde huyamos de Dios.

Buena materia es ésta para tenerle siempre presente, considerándole está en todas partes. No hay criatura en que no asista; en todas le podemos tener delante y reverenciar á nuestros hermanos, no sólo por ser criatu-

¹ Psalm. 138.

² Job, 11.

ras é imágenes de Dios, sino por estar en ellos escondida su inmensa majestad, al modo que está con una cortina cubierto un relicario. Por eso llama Isaías á Dios *escondido*: no porque esté Dios en lo interior y no en lo exterior de las cosas, porque no menos está en la más exterior superficie dellas que en sus entrañas más ocultas, sino porque estando aun en los rayos del sol más visibles, Él está invisiblemente con sumo secreto y silencio; pero está en realidad de verdad en todo, llenando más al mundo que las mismas naturalezas dél. De suerte que á San Francisco más le parecía que todo el mundo era Dios, aunque no lo es, que no que es mundo; y así repetía muchas veces: «Dios mío, y todas las cosas», porque Dios está en todas, á Dios veía en todas, y Dios le parecía el sér de todas, porque ellas casi no son; aunque vemos casas, calles, personas, campos, ríos, árboles, animales, le parecía que más se podría llamar todo lo que veía *Dios*, que no lo que parecía, porque más está Dios en las cosas que ellas en sí mismas. Y así, cuando miramos las criaturas, no tanto las habíamos de mirar á ellas, cuanto á Dios, que está dentro y fuera de ellas. Siendo esto así, ¿qué brutalidad es, qué desagradecimiento, que no topemos con Dios, encontrándole siempre, que no advirtamos en Él, topándole en cuanto hay, que no le miremos estando en todas las cosas? Para declarar más esto, quiero fingir este caso. Si Dios no fuera inmenso, de modo que no estuviera en todas partes, sino sólo en tres ó cuatro cosas del mundo, del modo que ahora está en todas, ¿qué reverencia, que respeto tendríamos á aquellas en que se hallase Dios? ¡Cómo las reverenciaríamos como preciosísimas reliquias de la Divinidad! Tendríamoslas como unos sagrarios santísimos. Pues no ha de perder Dios por ser más. No por estar en todas siendo inmenso, ha de ser menos respetado en cada una. Esto

nos ha de causar respeto de nuestros hermanos, en quien sabemos está tan gran Señor, y mucho más del mismo Dios, que tan cerca y presente tenemos. Y si fuera enorme atrevimiento en la presencia de un Príncipe quebrantar su ley, ¿qué será á la vista de Dios despreciar sus mandamientos?

CAPÍTULO XII

Comiézase á tratar de las condiciones de la Hermosura que señalan los platónicos. Trátase aquí de la eternidad.

I

Hemos dicho de las condiciones de la Hermosura que señalan los filósofos peripatéticos, que son los de la escuela de Aristóteles. Digamos ahora de las propiedades de lo hermoso que ponen los platónicos¹, los cuales, siguiendo á Sócrates, se levantan sobre toda materia y cuerpo, colocando la verdadera belleza en lo más puro del espíritu, no en la materia mudadiza ni en cuerpos corruptibles, sino es en lo que es constante y perenne; y así señalan por principalísima condición de lo hermoso la perpetuidad y permanencia, sin temor de acabarse; porque es gran mengua y tacha de lo que es digno de amor haber de perecer. Porque si sólo faltar una parte á lo hermoso lo afea todo, ¿qué disonancia será que, no sólo algunas partes, sino todas le falten, faltando todo ello? Y como la hermosura de suyo es naturalmente amable, y faltando lo amado atormenta á los que lo aman, fuera impiedad de la naturaleza si no se hallase la mayor hermosura en lo más constante y permanente, porque fuera tener en cruz los corazones y condenarlos á tantos tormentos y penas cuantas veces falta lo que aman ó conocen puede faltar. Por esto

¹ In Plat., Symposio ex eo Dionys, cap. *De Divin. nom.*